LIBRO dot.com

El ser bajo la luz de la Luna

Howard Phillips Lovecraft



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Morgan no es precisamente lo que podríamos llamar un hombre letras; su inglés es siempre deplorable y falto de coherencia. Que haya logrado escribir lo que escribió es, por lo tanto, algo que me asombra, por más que a otros sólo los mueva a risa.

Se encontraba solo la noche en que se dio a escribir, mejor dicho, la noche en que lo asaltaron unos irrefrenables deseos de ponerse a escribir. Arrastrado por una extraña fuerza acometió lo impensable: tomó la pluma y redactó el siguiente texto:

«Mi nombre es Howard Philips. Mi casa está situada en College Street, 66, Providence, Rhode Island. Ignoro en qué fecha estamos, pero recuerdo que el 27 de noviembre de 1927 me quedé dormido y tuve un sueño; desde entonces no he conseguido despertar.

»El sueño comenzó en algún paraje del norte, húmedo, cenagoso y con cañaverales, durante un gris día otoñal, cerca de un alto acantilado de rocas cubiertas de líquenes. Llevado por la curiosidad comencé a escalar por una especie de grieta de la pared. Mientras ascendía pude observar que a ambos lados de la pared se abrían oscuras bocas de profundas madrigueras que avanzaban hacia el interior de la meseta rocosa.

»A menudo el paso se encontraba techado por una suerte de angostura de la parte superior de la ya de por sí estrecha fisura. Naturalmente, en esas áreas la oscuridad era impenetrable y se tornaba imposible distinguir las posibles madrigueras que hubiese allí. Mientras me hallaba en uno de esos tramos, fui asaltado por un miedo intenso, el pánico a que alguna proyección intangible de los abismos se apoderara de mi espíritu; pero la densa oscuridad hacía imposible que tratara de descubrir algún motivo más o menos racional para esta sensación.

»Luego de una agotadora escalada, llegué a una meseta de roca revestida de musgo y muy poca tierra, la que era iluminada por una luna evanescente. No había ningún ser vivo a mi alrededor. No obstante, advertí una extraña agitación un poco por debajo de mí, entre el cañaveral del pantano fétido que poco antes dejara atrás.

»Caminé un trecho hasta que encontré unas vías de tranvía muy oxidadas y varios postes carcomidos de los que todavía colgaba el cable fláccido del trole. Caminando por los rieles, me encontré con un coche amarillo, con fuelle para el acople tipo doble vagón, como los que se usaron entre 1900 y 1910. Aún se leía el número interno: era el 1852. Evidentemente, estaba vacío, pero parecía a punto de arrancar. El asta del trole estaba alzada y pegada al cable, en tanto que el freno de aire resoplaba intermitentemente bajo el piso. Subí al vagón y busqué con la mirada un interruptor de luz. No lo encontré y también noté la ausencia de la palanca de comando y del conductor. Me dejé caer sobre uno de los asientos laterales. Poco después oí pisadas sobre la tupida hierba que crecía a ambos lados de las vías y vi la silueta oscura de dos hombres recortados contra la luz de la luna, acercándose. Usaban lo que debían ser las gorras reglamentarias de la compañía y no fue difícil concluir que debía tratarse del guarda y del conductor. Al pasar junto a mí, uno de ellos olfateó el aire con una profunda inspiración, levantó la cara y se puso a aullar en dirección a la luna. El otro se colocó en cuatro patas y en esa posición comenzó a correr hacia el extremo delantero del coche.

»Me incorporé con rapidez y presa de un frenético pánico salté del vagón y corrí leguas por la meseta hasta que el cansancio me hizo detener. El pánico no brotó del hecho que el guarda se pusiera a correr en cuatro patas, sino de descubrir que el rostro del conductor era una especie de cono blanco que se coronaba en su vértice con un tentáculo rojo como la sangre.

»Logré advertir que no se trataba más que de un sueño, pero de todos modos no pude liberarme de la desagradable sensación que me produjo. Desde esa maldita noche no pido otra cosa que despertar, pero aún no lo he conseguido.

»Contrariamente, con horror he comprobado que soy otro habitante más de ese espantoso mundo onírico. La noche dio paso al amanecer, que me encontró vagando sin rumbo en medio de las desoladas tierras pantanosas. Transcurrió el día de esa manera y la nueva noche me sorprendió aún vagando y tratando de despertar. En un momento, al apartar unas matas de maleza, volví a ver ante mí el viejo tranvía. A su lado había otro ser de rostro cónico que al cabo de un momento también alzó la cabeza y se puso a aullar a la luna.

»No hay día en que no ocurra lo mismo. Cada noche me sorprende en ese mismo lugar horrible. Trato de permanecer inmóvil cuando sale la luna, pero el sueño me impele a caminar, ya que cada vez despierto con el abominable ser aullando a la luna. Entonces no me queda otra alternativa que dar media vuelta y echar a correr desesperadamente.

»¡Oh, Dios, cuándo despertaré!»

Eso es todo cuanto Morgan redactó. He estado tentado de ir hasta el 66 de College Street, en Providence. Pero me paraliza el espanto de lo que pueda encontrar allí.

FIN